

Entraron en la ciudad Calatayud y Carbajosa el 3 de Julio de 1732, y el mismo día expuso el primero los designios piadosos de Dios al enviar a los pueblos el beneficio de la misión. Exhortó paternalmente a los bilbainos a aprovecharse de gracia tan singular y desde entonces parece que se ganó el corazón de los oyentes que acudieron ansiosos a los sermones y doctrinas de los misioneros. Como sucedía en otras ciudades, un concurso crecido de gentes de los pueblos circunvecinos se agregaba a los moradores de la villa y engrosaba enormemente el auditorio. Aunque empezó la misión en la parroquia de Santiago, fué necesario predicarla desde el día tercero en la plazuela que está a la puerta, porque el templo no podía contener ni con mucho la multitud de los oyentes. Por último los actos más solemnes de la misión se celebraron en el campo del Arenal. Todos los sermones eran escuchados con mucha veneración y avidez. El que se predicó sobre el perdón de los enemigos, que atendidas las circunstancias, era de vivísimo interés, obtuvo felicísimo resultado. Cuando el P. Calatayud se acercaba al fin del sermón, salió el Santísimo Sacramento bajo palio de la parroquia de San Nicolás, alumbrando con hachas los corregidores y diputados de Vizcaya. El predicador dirigió una ferviente súplica a su Divina Majestad y luego rogó a los oyentes que por amor de Jesucristo perdonasen sus ofensas. Nadie resistió a tan santo ruego. En la procesión de penitencia se reunieron de 24 a 26.000 personas. En la parroquia de Santiago comulgaron el día de Santa Ana más de 14.000 y en los días siguientes y en otras iglesias algunos millares más.

La misión propiamente dicha terminó a fines de Julio; pero todavía permanecieron los dos misioneros en Bilbao más de un mes, para entablar algunas obras de caridad y sobre todo para asentar una sólida pacificación entre los ciudadanos. El P. Calatayud propuso que se nombrasen algunos compromisarios prudentes, que estudiasen el negocio y redactasen un proyecto de concordia entre el Ayuntamiento y los caballeros litigantes. Fué aceptada la idea y en pocos días reuniéndose los compromisarios y conferenciando con el misionero, extendieron un Acta de concordia, que autorizada con la firma de todos y con la del Obispo de Calahorra, fué remitida al Consejo Real de Madrid. En esta corporación fué aprobada la concordia, y gracias a ella quedaron en plena paz los bilbainos. El pueblo gritaba por las calles

con alborozo, *viva la paz, viva la concordia*, y en acción de gracias por este beneficio cantóse un *Te Deum* solemne en la iglesia de Santiago, asistiendo el Cabildo, el Ayuntamiento y una multitud de hombres que llenaban la iglesia, mientras las mujeres permanecían en la plazuela.

Despedido cariñosamente por los bilbainos y aclamado como apóstol de Vizcaya, el 9 de Setiembre de 1732 partió el P. Calatayud para el otro extremo de nuestra península. Varios obispos españoles solicitaban a tan ilustre misionero para sus diócesis. En este año juzgaron nuestros superiores que debían acceder a los fervorosos ruegos del Ilmo. Sr. Marin, Obispo de Almería, singularmente devoto de la Compañía. Hasta entonces había ejercido su celo el P. Calatayud en el territorio de la Provincia jesuítica de Castilla. Ahora pasó a las tierras de Andalucía y avistándose con el Prelado de Almería que estaba enfermo en Vélez-Rubio, dió allí mismo una fervorosa misión. Repitió el mismo trabajo en Vera y Almería y en ambas ciudades el éxito fué muy satisfactorio. El año 1733 le hallamos misionando primero en Albox y en Tijola, después en Lorca, donde estableció la primera Congregación del Sagrado Corazón de Jesús que se vió en España y por último en Caravaca y Mula.

En estas tierras de Murcia renacieron las objeciones que años atrás se habían hecho al método de misiones usado por el P. Calatayud y ahora se añadió una que antes no se había oído. Decíase que al hablar los misioneros del sexto mandamiento, lo hacían de modo que las mujeres se cubrían el rostro y procuraban no oír de puro rubor. Posible es que hubiera algún fundamento para esta objeción. Leyendo los sermones impresos del P. Calatayud, hemos observado que desciende a pormenores y nombra pecados que mejor sería no mencionar. La delicadeza moderna no sufre en esta materia ciertas claridades que leemos en las homilias de los Santos Padres antiguos. Sin embargo debemos añadir, que un Padre de nuestro colegio de Caravaca encargado de examinar este punto, asistió a los sermones del P. Calatayud y Carbajosa, y luego testificó, que no les había visto incurrir en ningún desliz tocante a esta materia (1).

Satisfaciendo como podía a los Nuestros y a los extraños sobre su método de misionar, perseveraba nuestro infatigable ope-

(1) Rodeles, p. 205.

rario en su fructífera labor apostólica. A principios de 1734 dió una misión en Cartagena, sobre la cual poseemos una relación interesante dirigida por el doctor D. José de la Encina al Obispo de Cartagena, D. Tomás José de Montes. Explica el doctor la saludable impresión que produjo la entrada de los misioneros, la doctrina moral sólida y clara que han expuesto a los fieles, la conversión maravillosa que se ha conseguido con el acto de contrición y con las otras solemnidades públicas que han celebrado los misioneros. Creían algunos que serían impracticables en Cartagena las procesiones de penitencia. Afortunadamente todos se han desengañado. A miles han acudido los hombres a estos actos piadosos. Hasta los moros se han compungido con la misión y trece de ellos han pedido el santo bautismo (1).

Por esta relación del doctor Encina entendemos el inmenso bien espiritual que las misiones del P. Calatayud producían en España. Obsérvese que duraban, al menos en las ciudades principales, como tres semanas, y no era raro, que terminada la misión, perseverasen los Padres algunos días en la ciudad, para dar la última mano a las obras piadosas que emprendían. Lograban por de pronto que se purificasen las conciencias de casi todos con una buena confesión, que muy a menudo solía ser general. Además, después de dirigir la palabra a todo el pueblo, hablaban también separadamente a determinadas clases de personas, sobre todo al clero, hacían sus visitas a las cárceles, procurando que con el bien espiritual de la misión recibiesen los presos algún regalo corporal que les confortase en sus penas, reanimaban el fervor de las congregaciones piadosas y fundaban por lo regular alguna nueva, que infundiese fervor cristiano en los ciudadanos. Por último debemos contar entre los bienes de la misión el interesar a los eclesiásticos y caballeros principales en la obra y el hacerlos tomar parte activa en los trabajos apostólicos, desterrando esa apatía e indiferencia, que era entonces, y es ahora, una de las grandes plagas del pueblo católico.

De Cartagena pasó a Murcia el gran misionero, y aquí tuvo el dolor de ver que se renovaban las objeciones suscitadas antes en Navarra contra su método de misionar, con la circunstancia sensible de ser quien principalmente las urgía el Rector de nues-

(1) Véase el texto de esta carta en Rodeles, *Vida del célebre misionero Padre Pedro Calatayud*, p. 208.

tro colegio. Este hombre «de buen corazón y sin hiel» como decía el P. Calatayud, movido de buen celo, pero no *secundum scientiam*, quiso gobernar por sí mismo los actos de la misión. Dispuso que no se encargasen los eclesiásticos de conservar el orden, sino los Padres del Oratorio, que no saliesen los curas por las calles invitando las gentes a la misión, que no saliesen tampoco a recibir a los pueblos que venían procesionalmente a la capital, que en los sermones no se levantasen las manos al cielo pidiendo misericordia, que el acto de contrición se hiciese como era costumbre en el colegio de Murcia, no como solían los misioneros. Además él mismo señaló las personas que debían coadyuvar a las obras de la misión, quitando toda iniciativa al P. Calatayud. Tuvo esta paciencia, y aunque coartado a cada instante por el Rector, fué ejecutando los actos de la misión lo mejor que pudo. El resultado fué muy satisfactorio.

Entretanto seguían las murmuraciones contra el P. Calatayud, y a las objeciones ya sabidas que le había hecho años atrás el Obispo de Pamplona, se añadieron ahora algunas de esas ficciones absurdas, que se suelen inventar contra los jesuitas y que treinta años después se habían de multiplicar extraordinariamente para disponer la supresión de la Compañía. En cierto pueblo, por ejemplo, se dijo que el P. Calatayud desenterraba los muertos (1). Estúpida ficción, inventada sin duda para que la gente sencilla no acudiese a las misiones. Las quejas contra el hombre apostólico llegaron hasta el P. General, Francisco Retz, el cual las expuso llanamente al interesado, mandándole responder a ellas. Satisfizo Calatayud a todas las objeciones y lo hizo en términos tan religiosos y modestos, que el P. General quedó plenamente convencido de la rectitud y acertada prudencia con que procedía en sus trabajos apostólicos. Escribióle, pues, el 23 de Octubre de 1734 una carta honorífica, agradeciéndole sus fatigas en bien de las almas y animándole a proseguir promoviendo la mayor gloria de Dios con sus misiones (2).

No creemos necesario explicar una por una las misiones siguientes del siervo de Dios, pues sería repetir lo que hemos dicho en las anteriores. Indicaremos tan sólo la serie de ciudades

(1) Así lo oyó el P. Juan Atienza, que después lo escribió al P. Idiáquez. Vid. Rodeles, p. 220.

(2) Véase traducida esta carta por Rodeles, p. 221.

y regiones donde ejerció su celo apostólico, para que se pueda calcular aproximadamente la magnitud de la obra ejecutada por este hombre superior. Pasado el verano de 1734 dió misión en Orihuela, fué luego a la ciudad de Alicante y después de haberla santificado como solía, dió misión en todo el año 1735 en Novelda, Elche, Almansa, Villena, Játiva y Murviedro.

El año 1736 aparece en Asturias, donde le conoció el P. Feijóo y da misiones brillantes, primero en Oviedo y Gijón, después en Pravia, Ciaño, Llovio, Grado, Cangas de Tineo, Benavente y León, entreverando breves excursiones apostólicas a pueblos secundarios de esta provincia y de la de Asturias. Desde el año 1739 hasta el de 1742 ejerció su celo en las provincias de Burgos, Santander y Zamora, empezando por misionar en las tres capitales indicadas. En el año 1742 tuvo mucha resonancia la misión de Salamanca, donde el gran concurso de estudiantes a la célebre Universidad y la multitud de profesores y personas distinguidas, ofrecían buen cebo al fervor apostólico, que podía lograr no sólo conversiones de pecadores, sino también excelentes vocaciones para el estado eclesiástico y religioso.

En el trienio de 1743 a 1746 trabajó el P. Calatayud, misionando primero en Braga y después en diez y seis poblaciones principales de aquella vasta archidiócesis. No sabemos quién tuvo el primer pensamiento de dar estas misiones. Parece lo más probable, que mientras el fervoroso operario santificaba la provincia fronteriza de Zamora, varios portugueses piadosos que presenciaron las maravillas de aquellas misiones, le propusieran que pasase la frontera y sembrase la palabra de Dios en Braga, que por haber estado trece años en sede vacante, se hallaba muy necesitada de una renovación espiritual. Recientemente había sido puesto a la cabeza de aquella diócesis el Serenísimo Infante y Cardenal, D. José, hermano del Rey Juan V, quien deseando como buen Prelado la santificación de sus ovejas, puso buen rostro a la idea de traer tan célebre predicador.

Antes de dar un paso tan grave, como era entrar en provincia y reino distinto, fué consultado el negocio no sólo con el Padre José Moreira, Provincial de Portugal y con el P. Andrés de Zárate que lo era de Castilla, sino también con el P. General, Francisco Retz. Todos tres aprobaron la idea y entonces se escribió al Cardenal Arzobispo, quien aceptó la propuesta como un beneficio de Dios. Por Marzo de 1743 penetraron en Portu-

gal, Calatayud y Carbajosa, y con ellos se juntaron el P. Fernando Ibáñez, castellano y el P. Francisco Horno, portugués. Empezaron por Abril la misión de Braga. Alguna extrañeza causó al principio el oírles predicar en castellano, cosa insólita naturalmente en el país. Sin embargo, a los pocos días la gente se acostumbrió a ello y escuchaba con gusto y veneración a los predicadores. El Arzobispo daba ejemplo a sus diocesanos, acudiendo con más puntualidad que ninguno a todos los actos de la misión. No pudo hacerse el asalto general y la procesión de penitencia, porque desde algún tiempo atrás, por temor de los escándalos, se habían prohibido generalmente en Braga las procesiones nocturnas. El éxito de la misión fue felicísimo. Cuando llegó el momento de reconciliarse con Dios, mandó el Prelado a todos los sacerdotes de la ciudad que se sentasen en el confesionario, y él mismo precedió con el ejemplo, oyendo horas enteras las confesiones de gente ruda. Cerca de cuatrocientos confesores del clero secular y regular imitaron a su Pastor, y así pudieron purificarse las conciencias de casi todos los habitantes de Braga.

A la misión de esta ilustre ciudad, siguieron las de Viana, Guimaraens, Barcelos, Vila do Conde, Ponte de Lima, Vila de los Arcos, Coura, Monçon, Valenza do Miño, Camiña, Vilanova de Cerveira, Vilarreal, Mursa de Panoyas, Torre de Moncorvo, Castro Vicente y Chaves. Debemos advertir que en varios de estos pueblos con la misión propiamente dicha que se dirigía a todos los fieles solían acompañarse algunos Ejercicios a comunidades religiosas o al clero, algunas conferencias especiales a ciertas corporaciones, algunos ministerios, en fin, que pudiéramos llamar supernumerarios, que servían para redondear al triunfo espiritual conseguido en la misión. El P. Calatayud quedó contentísimo de la fe y devoción con que el pueblo portugués acogía sus sermones.

Cuando más fervoroso continuaba en sus correrías, a principios de 1746, cayó enfermo con su compañero el P. Carbajosa. Observando que la enfermedad requería cura larga, se trasladaron al colegio de Pontevedra, donde ambos recobraron lentamente la salud. Ya restablecido dió misiones en Calatayud, en Lugo, en Orense y en Valladolid, pero ya no iba a su lado el P. Carbajosa, que desde este punto fué aplicado a cargos de gobierno, empezando por ser Rector de Medina. En 1748 volvió a Portugal el P. Calatayud, a ruegos del Infante Arzobispo de Braga, quien

conservaba gratisimo recuerdo de las hazañas apostólicas que él mismo había presenciado en su diócesis. Fructuosa fué esta segunda excursión, pero no tan larga como la primera, pues antes de los dos años la enfermedad le obligó a volver a Castilla en 1750.

En los dos años siguientes le vemos penetrar en Aragón, donde hasta entonces le habían conocido poco. Dió misiones muy fructíferas en Zaragoza y en Teruel y Ejercicios en otras poblaciones secundarias. El año 1753 le llamaron a Toledo, donde después de unos Ejercicios fervorosos, dió una fuerte y bien aprovechada misión. Por el otoño del mismo año ejercitó su celo en Madrid, donde no sabemos que antes hubiese predicado nunca. Por las circunstancias especiales de la corte, fué necesario variar un poco la forma y procedimientos de la misión, la cual se predicó simultáneamente en dos iglesias: en la del Colegio Imperial y en la del Noviciado. Hubo después otra misión para la nobleza durante once días en la iglesia de la Casa Profesa, y a estos trabajos fundamentales siguieron Ejercicios a comunidades religiosas, pláticas en cárceles y hospitales y un continuo afán de oír confesiones que consoló mucho a los misioneros, pues sin haber tenido esta misión las brillantes exterioridades de algunas otras, había producido profundo y saludable efecto en el pueblo de Madrid. Los últimos tres meses de 1753 los empleó provechosamente el P. Calatayud en la corte de España.

En los años siguientes le vemos en el Real Sitio de San Ildefonso, en Burgos, Avila, Arévalo y Oropesa. El año 1756 es llamado a Sevilla y durante unos seis años desplegó su celo apostólico, santificando primero a la capital y después a las numerosas y crecidas poblaciones de aquella vastísima diócesis, que abarca las dos provincias civiles de Huelva y Sevilla y se extiende algo todavía en las provincias vecinas. En 1762, habiéndole sobrevenido una enfermedad, interrumpió sus trabajos en Andalucía y se trasladó a Castilla. Restablecido de su dolencia, aunque ya contaba setenta y tres años, volvió impertérrito a su faena y siguió trabajando cinco años en el Norte de España, hasta que el destierro de Carlos III, ejecutado el 3 de Abril de 1767, cortó el curso de sus fatigas apostólicas.

5. Al reseñar las correrías del P. Calatayud por España, sólo hemos descrito los actos que propiamente se llamaban misión, es decir, la serie de sermones, doctrinas y otras solemnidades,

que se ejecutaban metódicamente por espacio de quince o veinte días en cada ciudad y que daban por resultado la confesión y comunión de todos los fieles y la renovación moral de todos ellos, según el espíritu de Cristo. Ahora debemos llamar la atención de nuestros lectores sobre un ministerio espiritual importantísimo, a que se consagró con todas veras nuestro apóstol, por lo menos desde el año 1739. Tal fué el dar los Ejercicios al clero.

En Junio de este año, habiendo terminado una misión devotísima en Burgos, en la que recibieron al Señor más de quince mil personas, el señor Arzobispo insinuó al P. Calatayud que diese Ejercicios a los sacerdotes por espacio de ocho días. Aceptada la idea, convocó el prelado a su clero y el día 2 de Julio de 1739 nuestro misionero empezó a dirigir los Ejercicios a cuatrocientos cincuenta sacerdotes presididos por el mismo Arzobispo, quien era el más solícito y diligente en practicar todos los actos prescritos en aquel santo retiro. No se ejecutaban entonces los Ejercicios con la rigurosa distribución de actos que ahora se prescribe. Se permitía alguna más libertad a la iniciativa de cada uno. El P. Calatayud les explicó la primera tarde el modo con que debían proceder en las meditaciones y en los otros actos de aquel retiro espiritual. Después les hablaba solamente dos veces al día. A la mañana les explicaba los puntos de la meditación o meditaciones que debían hacer aquel día y por la tarde les platicaba una instrucción sobre los deberes sacerdotales. Aunque el demonio levantó al principio ciertos rumores calumniosos a propósito de los Ejercicios, muy pronto se desvanecieron y los sacerdotes burgaleses quedaron contentísimos del provecho que habían sentido sus almas en aquellos ocho días consagrados a meditar las grandes verdades de la religión.

El año siguiente, 1740, después de dar una misión en Belorado, fueron invitados por el mismo señor Arzobispo los sacerdotes de los vecinos arciprestazgos, e hicieron en aquella villa unos fervorosos Ejercicios. En Villadiego, después de la misión dió Ejercicios el P. Calatayud a ciento sesenta y dos eclesiásticos. Lo mismo sucedió en Canales de la Sierra, provincia de Logroño. Por Octubre de aquel mismo año 1740 hizo una excursión a Villanueva de la Serena, en Extremadura, y como en los casos precedentes, después de la misión hubo Ejercicios al clero durante ocho días. Debió tocar con las manos nuestro infatigable operario el inmenso bien espiritual que en los Ejercicios suele